

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CENTS

AÑO III

MADRID, 19 DE JULIO DE 1908

NÚMERO 29



¡DIOS TE AMPARE!

(CONCLUSIÓN)

La pobre niña á quien usted ha maltratado, le perdona, pero sus papás de usted no quieren verle más. En este paquete tiene usted un traje, calzado y una muda; cuando amanezca, encontrará todas las puertas francas; salga usted de esta casa y vaya á buscarse la vida; cuando pida usted limosna se acordará de los soberbios que pagan á

los pobres. Es inútil que quiera usted rebelarse; sus papás se han ido y no volverán hasta que usted se vaya; y si tampoco obedece, los criados tienen orden de echarle. Buenas noches, y... ¡Dios te ampare!

Primero asombro, después ira, y luego una infinidad de malos pensamientos cruzaron por aquella cabecita. Pateó, rompió cuanto le vino á mano, dió golpes furiosos, y al fin, sintiéndose impotente y solo, rompió en llanto de bruces sobre la cama revuelta, víctima inanimada de sus iras. Los sollozos se convirtieron en suspiros entrecortados; después, el alentar se hizo más silencioso, y poco después, según estaba vestido y mal echado, dormía profundamente.

II

Ni una sola puerta se opuso á su salida; franqueó la verja y se encontró fuera del jardín; aún brillaban las estrellas; con indeciso paso torció á la derecha; aquel horrible paquete le dificultaba los movimientos, haciéndole la marcha más penosa; volvió la cabeza; sólo había andado unos pasos, y ya no veía ni la verja ni el hotel en que vivió tan feliz; un campo yermo se extendía ante él; siguió andando; la claridad se acentuaba, pero no era como la del día que nace, era una luz difusa, de tinte lívido, que daba sombra sin apagar el brillo de las estrellas. Alguien le seguía; se detuvo medroso y esperó; una niña pasó por su lado sin mirarle; llevaba una venda manchada de sangre sobre la frente; Carlos la reconoció; sin darse cuenta, alargó la mano y sus labios dijeron temblorosos:

—¡Por amor de Dios!

—Él te ampare.

—¡Por caridad!

—¿La tuviste tú de mí?

—¡Perdón!

—¿Qué quieres?

—Voy solo, echado de mi casa por lo que contigo hice; si me perdonas, ampárame; yo no sé como se gana la vida. ¡No me abandones!

—¡Ven, pobrecito, ven, que ahora lo eres más que yo!

—¿Más...?

—Mucho más. Yo nada tuve; ni padres, que murieron cuando apenas los conocí; nada tengo, nada deseo; tú en cambio tuviste padres cariñosos, halagos, riquezas y harturas; mira si tienes menos que tuviste, mientras que yo tengo lo que tuve siempre: frío y hambre; pide á Dios que haya caridad, pues como todos fueran como tú fuiste, más nos valiera no ver la luz del día; y ahora, quítate esa ropa, que es muy rica para un pordiosero.

En pleno campo, la cambió por la que halló en el 110, pobre y remendada, y poco después, y á cuenta de unas monedas, dejó su rico traje en manos de una vieja que les salió al encuentro.

Debió pasar mucho tiempo; muchas veces tendió la mano, y muchas

oyó ¡Dios te ampare!; pero todos tenían la voz de Gaspar. Cruzó ciudades, vadeó riachuelos, trepó riscos, sa'vó llanuras, siempre alumbrado por aquella lívida luz, al lado de la niña y oyendo de mil bocas la voz de Gaspar que le decía:

—¡Dios te ampare!

III

Despertó aterido; por el entreabierto balcón entraba la brisa fresca del amanecer, y mil pajarillos en el jardín saludaban con pintoresco y sonoro guirigay la salida del sol.

Carlos se sentó en la cama.

Aquel era su cuarto; los cachivaches rotos por el suelo; la puerta abierta; se restregó los ojos; todo era un sueño.

Se tiró de a cama y quedó aterrado; al ponerse de pie, unas cuantas monedas rodaron por el suelo; su imagen, retratada en un espejo, le acabó de sobrecoger; estaba vestido con un traje sucio y remendado; sus pies se calzaban con unos groseros zapatones llenos de barro; loco de terror se abalanzó al timbre; la severa figura de Gaspar apareció en la puerta.

—¡Gaspar, Gaspar, perdón! No me digas ¡Dios te ampare! Yo seré bueno. ¡Dios me ha tocado el corazón!

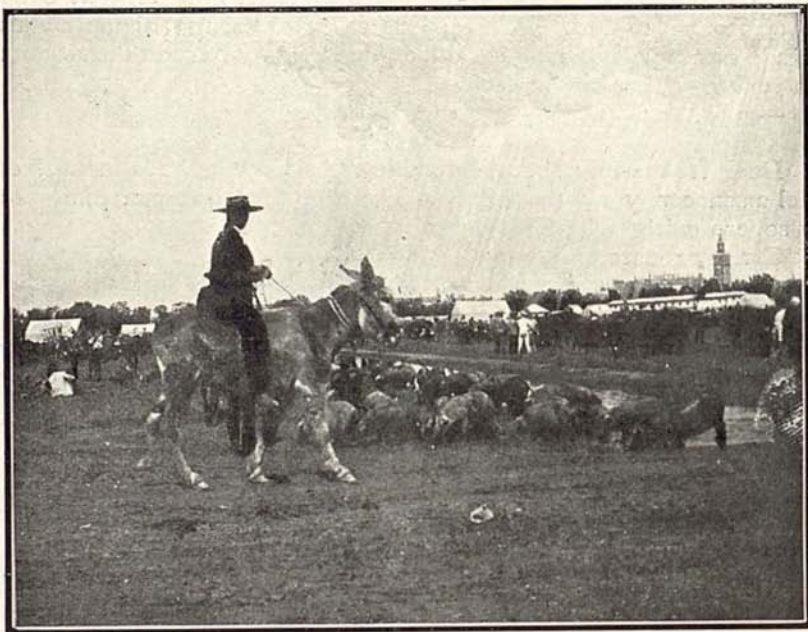
—Dios ha hecho por ti un milagro, ven á la capilla para que en ella tus papás te perdonen como Dios y la niña te perdonaron.

IV

Cuando en paseo veáis un niño muy guapo y elegante que da limosna á los pobres, que acaricia á los pequeñitos y les presta juguetes, no preguntéis cómo se llama: es Carlos, á quien sus papás adoran, á quien admiran sus maestros, y por quien sus criados sienten idolatría.

FRANCISCO BARRAYCOA





LA LLUVIA

Al calentar el sol la superficie de la tierra evapora las aguas de los ríos, lagos y mares y también la que contienen los terrenos húmedos. Estos vapores suben por la atmósfera (lo mismo que ocurre con el agua cuando se calienta en la lumbre), y se detienen en masas más ó menos compactas, á distintas alturas. Las masas de vapores nacidos del suelo y de las aguas esparcidas por la tierra al calentarlas el sol forman las nubes.

Si por una causa cualquiera sufren éstas un enfriamiento, se condensan, se convierten en gotas muy finas de agua, las cuales van creciendo de volumen, van engrosando si el frío aumenta. Cuando tienen ya el tamaño necesario para vencer con su peso la resistencia que opone el aire, caen sobre la tierra en forma de lluvia, á no ser que encuentren á su paso una temperatura caliente capaz de convertirlas de nuevo en vapor, en cuyo caso vuelven á ascender por la atmósfera en vez de caer al suelo, y se convierten otra vez en nubes. Ocurre, sin embargo, que al volatilizar las gotitas desprendidas, es decir, al transformarlas en vapor, se produce un enfriamiento en la capa de aire que está debajo de las nubes de donde aquellas proceden, y no pudiendo entonces volatilizarlas no las impide el paso y concluyen por caer en la tierra.

Si la capa de aire caliente que las gotas tienen que atravesar tiene una temperatura bastante alta, las gotas que llegan al suelo habrán perdido de volumen, contendrán menos agua en comparación con la que tuvieran al desprenderse de la nube de donde proceden. Pero lo más común es que en vez de disminuir, aumente el tamaño de las gotas al caer.

Estas son las formas de lluvia más generales, pero también puede ocurrir que antes de que los vapores constituyan la nube, se condense el agua y caiga ésta al suelo en forma de lluvia estando el cielo sereno y completamente despejado. Claro es que este fenómeno no ocurre sino en aquellos países en donde los cambios de temperatura son muy bruscos, pasando del calor al frío con gran rapidez.

Al estar producida la lluvia por la evaporación de las aguas repartidas en la superficie del globo, y al ser mayor esta evaporación cuanto más elevada es la temperatura, cuanto más calor hace, se deduce que debe formarse más lluvia en determinados países y que lloverá más en unos que en otros. Pero hay que tener presente que la lluvia, originada al evaporarse las aguas de una región, no siempre cae en el mismo sitio en donde se produjo, porque una vez formadas las nubes, son empujadas por los vientos, yendo á regar comarcas muy distantes, y con esto queda explicado todo el mecanismo de las lluvias. Así, por ejemplo, donde más evaporación se produce es en los mares de los trópicos, cuyas aguas están sometidas al fuego de un sol abrasador; si las nubes que allí se están formando continuamente no las trasladase el viento á otros lugares, devolverían á esos mismos mares el agua que el calor del sol les quitó, y no beneficiaría otras regiones cuyo suelo no es rico en humedad ó que carecen de ríos y lagos de importancia.

Se observa que las lluvias son frecuentes en las orillas de los mares ó de los grandes lagos; que se extienden sus efectos 30 ó 40 leguas tierra adentro, y que disminuye de una manera sensible la intensidad á medida que las comarcas están separadas de la costa.

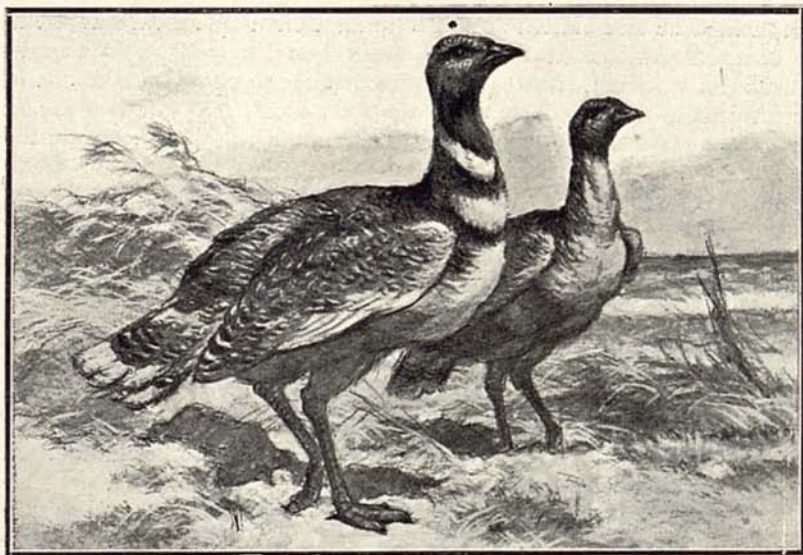
Para el estudio de las lluvias debe tenerse en cuenta la dirección de las corrientes atmosféricas, algunas de las cuales son fijas, es decir, se producen todos los años en iguales épocas y llevan siempre la misma dirección.

En los países tropicales hay lluvia en todas las épocas del año; es, sin embargo, más abundante durante los equinoccios. Llueve mucho, especialmente en invierno, en los climas templados.

Por regla general, la cantidad de agua que cae en los distintos países aumenta en proporción de su mayor temperatura, pero llueve en ellos menos días en el año; es decir, en las tierras cálidas cae más agua en menos tiempo que en las frías.

El aparato que sirve para medir la cantidad de agua que arrojan las nubes se llama pluviómetro.

JUAN ANTÓN



LA AVUTARDA

Tal caminaban las hermosas aves de infladas y huecas, tal levantaban sus cabezas de color gris ceniciento, tal salían pavonearse, tal erguían sus largos cuellos, y con tal distinción movían sus grisáceas patas, que las llamadas por los naturalistas avestruces de Europa parecían por su gallardo aspecto reinas y señoras de la llanura. Tenían su morada en la mitad de un campo castellano, campo raso que empezando al Norte, en las últimas estribaciones de una lejana y azulada sierra, se perdía hacia el Sur, sin que rompiera su monotonía la más pequeña colina. El bando de avutardas no salía de las inmediaciones de unos altos trigales, y sólo solía abandonarlos cuando distraído en locos juegos se aventuraba por unos cercanos olivares.

Entre las seis avutardas que componían el grupo, había una—la más anciana—que se entretenía en contar á sus compañeras anécdotas de su vida, que siempre traían como apéndice algún consejo ó advertencia que las hacía altamente provechosas. Estando un día echadas entre las cañahejas del trigo, discutían si habría que huir siempre de todos los hombres, y casi todas decían que hacer tal cosa sería una solemne necesidad. ¿Acaso puede confundirse un cazador con un labriego inofensivo? Bueno es que huyamos del primero, pero ¿por qué evitar la presencia del segundo? Ésto decían; mas á pesar de su chillona algarabía, estaban todas esperando á que la vieja diera su parecer sobre el asunto, y pensando la tal que cuando se posee la verdad es una obra de caridad decirlo al prójimo para que la conozca y aproveche, se expresó de la siguiente manera:

Ayuntamiento de Madrid

—Siempre hemos de huir del hombre, ya sea el que veamos nuevo cazador ó pacífico labriego, porque el enemigo ¿qué nos puede venir bueno? Precisamente porque el hombre conoce que nos fiamos de todo lo campestre, ha hecho tramabas contra esta credulidad nuestra y, con tal de engañarnos, hasta el cazador se vistió con los arreos del labriego. Bastantes compañeras nuestras han perecido por demasiado confiadas. Mirad... (*Todas encaminaron sus ojos hacia donde indicaba la vieja.*) ¿Veis á lo lejos, sobre el camino que blanquea de polvo, un carro cargado de mies? Advertid cómo viene á parar cerca de nosotras. ¿Por qué desconfiar, si el gañán, entretenido en guiar las mulas, ni siquiera nos mira? El carro sigue andando pesadote y chirriante y, cuando llega á enfrontar con nosotras, se para. ¿Qué le pasa? Alguna avería que han sufrido los arreos—pensamos;—alguna cincha desatada, algún haz de mies caído en el suelo... Y cuando, tranquilas y confiadas, rumiamos en el entendimiento estas ideas, suena un tiro, y una compañera cae aleteando moribunda... Es que el cazador va escondido entre los haces... Y esto que os he dicho no es invención mía, sino narración

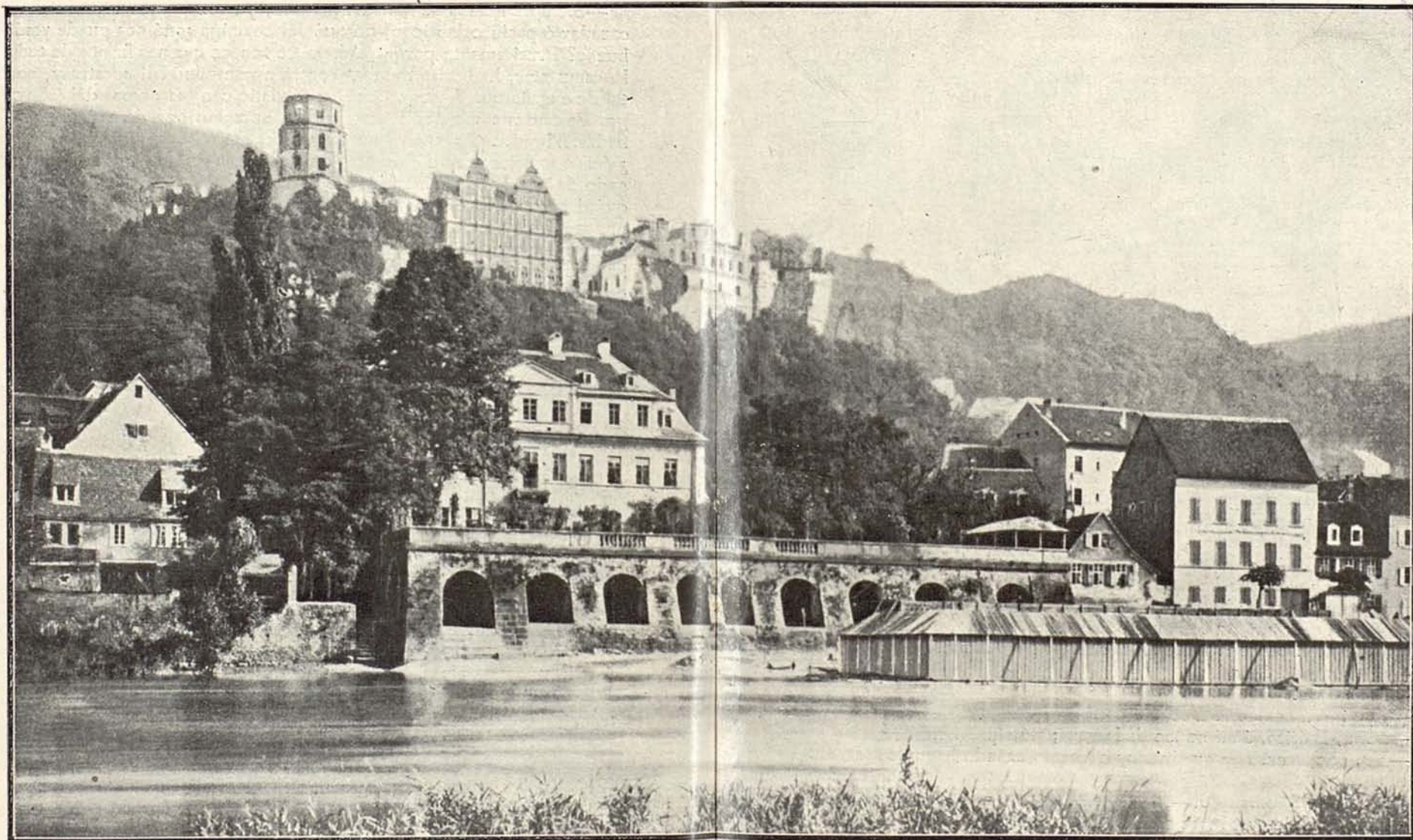


exacta de lo que le ocurrió hace varios años á una amiga mía yendo conmigo de paseo...

Calló la anciana y, aunque algunas de sus oyentes se sonrieron como burlándose de su narración, es lo cierto que cuando el carro indicado por la vieja se acercó chirriándole los ejes, todas alzaron el vuelo mientras asomó por entre los haces un hombre que dijo:

—Cada vez son más listas estas malditas aves.

José A. LUENGO



EL CASTILLO DE HEIDELBERG

En el gran ducado de Baden y sobre la orilla izquierda del río Neckar, se halla situada la famosa ciudad alemana de Heidelberg. Debe su celebridad principalmente á su Universidad, que es una de las más antiguas y frecuentadas de toda Alemania, pues fué fundada en 1386 y reconstruída en 1802, y á ella concurren unos 1.200 estudiantes al año. Posee ricas colecciones científicas, Instituto agrícola y forestal, Jardín botánico, Observatorio y Gimnasio.

Su célebre castillo, residencia de los Electores Palatinos, es muy notable, y en su arquitectura una gran variedad de estilos acreditan que no es obra de un solo arquitecto, sino agregado de construcciones de varios siglos. El castillo de Heidelberg fué devastado por Tilly en 1622; por Turenna en 1673, y por el mariscal de Lorges en 1683, é incendiado por un rayo en 1774. En él se encuentra el famoso tonel donde caben doscientas treinta y seis mil botellas.



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XXV

Aunque ya hace tiempo que pasó el día de mi cumpleaños, voy á decir algo que no pude contar entonces. Luisito vino á jugar y á merendear conmigo. Naturalmente, le conté lo del letrado.

—Mira, chico—le dije,—ya ves qué letrado me han puesto en el balcón; pues ¿querrás creer que *nadie lo ha puesto*? La *miss* no ha sido; los papás no han sido; todos mis hermanos aseguran que tampoco han sido; el ama seca jura que ella no lo ha escrito, y mira, á esa la creo... porque no sabe escribir. Total, que se ha puesto él solo.

—¿Y qué vas á hacer?

—Pues nada.

—¿Te irás á confesar? Debes hacerlo.

—Mira, Luisito, á mí no me da la gana; ¿tú, qué harías?

—Yo, obedecer. Me quedo muy contento cuando hago lo que me mandan.

—¿Tú te has confesado?—le pregunté.

—¡Anda, ya lo creo! Me confesé á los ocho años—dijo.—Ya ves, tengo ya más de nueve; y me he confesado muchas veces.

—Bueno, pues diré que cuando cumpla ocho años; sólo tengo siete. Oye tú, ¿y es verdad lo que dicen mamá y la *miss*, que confesarse es pensar mucho, mucho lo malo que una ha hecho; que luego tiene una un dolor en el corazón, y después se lo dice todo al confesor?

—No lo has entendido bien; cuando lo hagas, ya te lo explicará un sacerdote.

—¿Y regañan por las cosas malas?

—Regañar precisamente, no.

—¿Y le dejan á uno que siga haciéndolas? Mira, Luisito, ya sabes que dice la *miss* que el diablo ya no lo tengo dentro; pues á pesar de eso, te aseguro que me gusta mucho hacer rabiari un poquito á todos; y tirar del rabo al *Sultán* también me gusta; y coger las flores de los paszos ¡la mar que me divierte!; y cuando es mala Baby la pego con mucho gusto. ¡Ah!, y lo más divertido es romper cosas; y ya tú ves, si no me dejan hacer esas cosas me voy á aburrir mucho.

—Mira, Piluca—dijo Luisito muy serio,—tú eres una atrocidad de buena, porque sí, porque lo eres; mi mamá dice que tienes un alma de ángel, y que lo mejor es que ni tú misma te das cuenta de las cosas buenas que haces. Conque, ya verás; di á tus papás que pueden contestar al del letrerito que Piluca está dispuesta á confesarse en cuanto tenga ocho años, y ya verás cuando llegue, como no te cuesta trabajo dejar de hacer diabluras. Ahora, ven que te enseñe á jugar con el *rompecabezas* que te ha dado tu papá.

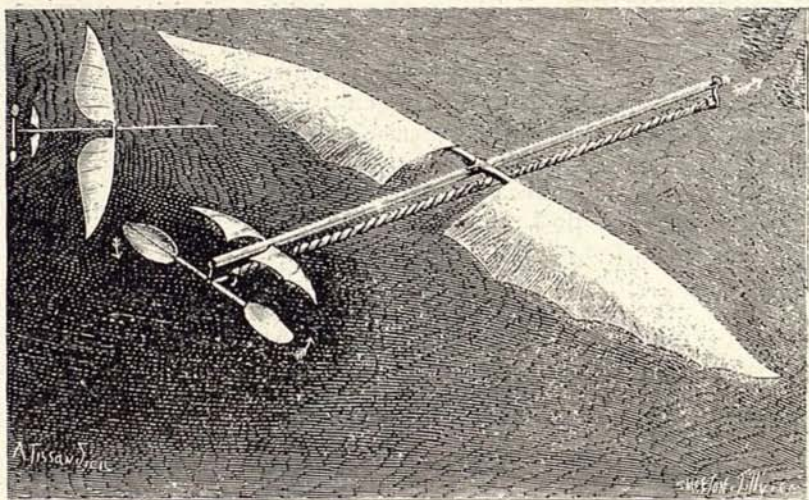
¡Qué cosa más rara! Yo no sabía como se formaban aquellos tarugos, y cuando probaba á hacerlo me daban ganas de que fuese de verdad *rompecabezas* tirándoselos á alguien, y Luisito ni se equivocó una vez siquiera. ¡Si es más listo!

¿A que no saben ustedes qué dulce hice para regalarlo yo, porque no había podido hacer ninguna labor? Pues, *chantilly*; pero no lo hice entero, aunque sí lo pagué todito con los cuartos de mi hucha. Pero el molde de bizcochos es muy difícil de hacer; yo no sé, y la cocinera lo hizo. Pero yo cogí doce claras de huevo y las batí mucho, mucho, ¡la mar! hasta que no se caigan al suelo aunque se vuelva la fuente boca abajo; la cocinera llama á esto á *punto de nieve*; en seguida se añaden poquito á poco, y sin dejar de batir, ocho cucharadas de azúcar y un cuarto de kilo de nata, que se bate antes sola; cuando todo está junto, se mete en el molde de bizcocho.

Pero ocurrió una catástrofe, que voy á decir en secreto. Es el caso que la cocinera hizo un molde tan bonito, que aquello parecía un castillo; yo no hacía más que mirarlo, y de pronto... no me pude contener... saqué la lengua y... ¡zas...! di un lametón; pero ¡ay! ¡Bien dice la *miss* que los malos ejemplos son muy malos! *Sultán* que me vió, pues... fué... sacó también su lengua... y ¡zas...! ¡otro lametón!!

MARIA A. OSSORIO Y GALLARDO





EL AEROPLANO INFANTIL

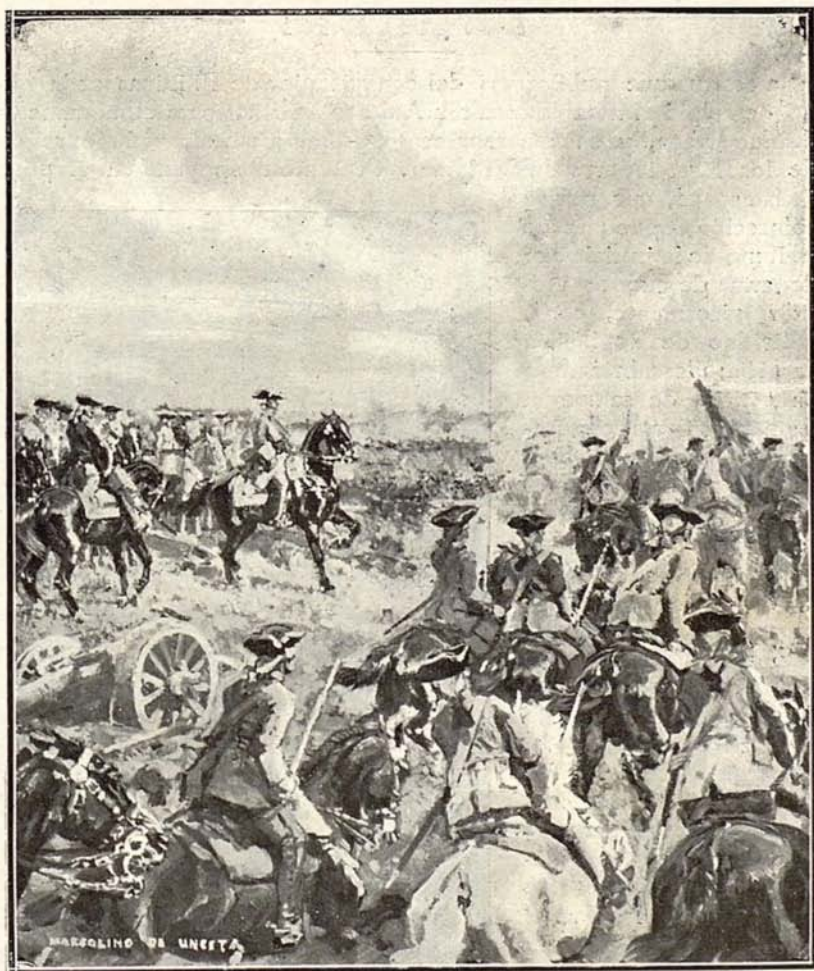
La aspiración de los inventores a resolver el difícil problema de la navegación aérea se dividió en dos grupos; mientras los unos optaban por los aparatos más ligeros que el aire, y que, por consiguiente, flotan y se elevan, como son los globos, otros preferían los aparatos más pesados que el aire, que vuelan por la fuerza y rapidez de los movimientos como hacen los pájaros.

A este segundo grupo corresponden los aeroplanos, que han llegado á obtener grandes perfeccionamientos y han hecho recientemente pruebas definitivas en París.

Los aeroplanos hace tiempo que demostraron su eficacia en una forma rudimentaria y sencilla: en un juguete infantil, y en realidad este juguete es la base de los aparatos perfeccionados que hoy se emplean con éxito tan excelente en la aviación.

El aeroplano infantil aprovecha como motor una tira de goma retorcida que al recobrar por su elasticidad su primitiva posición, da rápidamente gran número de vueltas y pone en movimiento unas aletas.

Dando vueltas al eje de dichas aletas y retorciendo por lo tanto las tiras de goma, se suelta el aparato, hallándose éste en posición horizontal. Al principio se le ve descender, y después, cuando ya adquiere alguna velocidad, se remonta hasta una altura de dos a dos metros y medio del suelo, describiendo desde entonces, con movimiento regular, una trayectoria de unos 40 metros próximamente en doce segundos.



LA BATALLA DE ALMANSA

Durante la guerra de Sucesión, en que se disputaban el trono de España el hijo del rey Luis XIV de Francia y el archiduque Carlos, se libró la célebre batalla de Almansa, que pudo considerarse como definitiva. Atacado el duque de Berwick por 30.000 hombres cuando menos lo esperaba, tuvo que guarecerse en Villena y Chinchilla á esperar refuerzos, y así que éstos llegaron, salió á presentar batalla á los aliados en la llanura de Almansa. En ella, la Caballería española decidió la suerte del combate, que se mostraba al principio contraria, y el valor y la pericia de los capitanes de Berwick consiguieron un completo triunfo. Perdieron los españoles y franceses 3.500 hombres y el enemigo dejó 5.000 en el campo y 12.000 prisioneros.

LEGAZPI

La estatua que publicamos del conquistador de Filipinas es la que esculpió el notable escultor Aniceto Marinas para el monumento de Zumárraga, y en ella representó «u figura moral, según los relatos de los historiadores de Filipinas. Presentóle apoyado en el pomo de la espada, que, por su colocación, tiene más de atributo de la justicia que de arma de guerra; vestido lujosamente, como individuo de nobilísima familia; descubriéndose en actitud de saludar á las nuevas tierras españolas, y humillando bajo su planta un ídolo tagalo. De esta suerte interpretó las frases del historiador P. Juan de la Concepción: «La única ambición de Legazpi había sido la de ganar los títulos de prudente y pacífico más bien que el de conquistador.»

Legazpi nació en los comienzos del siglo xvi, y comenzó á navegar muy joven. Fué escribano mayor del Ayuntamiento de Méjico, y en 1563 se le confió la dirección de la conquista de las Filipinas con una fragata y cuatro navíos, armados en el puerto de la Natividad. Llevó en su compañía al P. Urbrineta, de muy vastos conocimientos en Matemáticas y Geografía, y al P. Martín de Rada, también muy notable en dichas ciencias.

Detúvose en las Marianas, que entonces se llamaban islas de los Ladrones, y el 13 de Febrero llegó á Filipinas. La conquista de estas importantes islas supo Legazpi lograrla sin sangrientos combates. Tomó solemnemente posesión de Manila el 15 de Mayo de 1571.



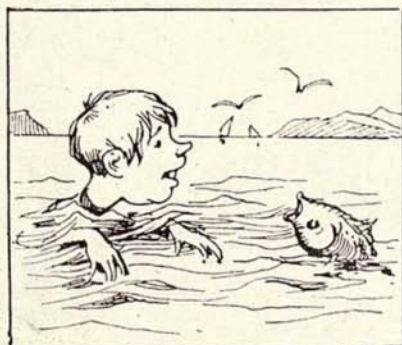
EL DOCTOR MARAVILLOSO



Juanito, gran aficionado al mar y excelente nadador, iba todas las mañanas á la playa.



Un día decidió darse un baño largo, y gozando de antemano, se entró en el mar lleno de júbilo.



Distraído, se había internado mar adentro, cuando vió venir un pez hermosísimo.



Abrió la boca lleno de admiración, y ¡zas! se le metió el pez de rondón, sin pedir permiso.



Asustado y martirizado, volvió presuroso Juanito á la playa para pedir auxilio.



Llegó á la caseta donde su madre le esperaba, y allí se revolcaba de dolor á cada coletazo del pez.



Vinieron dos médicos, que examinaron detenida y concienzudamente la importancia del caso.



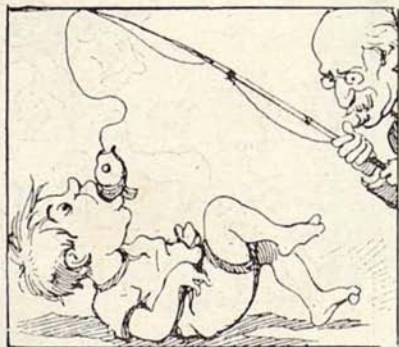
Retiráronse después á deliberar, y acordaron abrirle el vientre, y esto revestía una gravedad atroz.



Atribulada la madre, acudió al eminente Dr. Lepijo, por si á éste se le ocurría algún medio más sencillo.



Vió el sabio Lepijo cómo se retorecía Juanito en dolorosas contorsiones, y dijo: «¡Yo lo arreglo!»



Y puso manos á su ingeniosa idea con un éxito tan rápido como satisfactorio.



Quedando llenos de placer Juanito, su madre, y añadiendo el sabio doctor un nuevo triunfo á su gloriosa carrera.